

LA SEVILLA DEL MATRIMONIO CUSHING. ENERO DE 1830

THE SEVILLE OF THE CUSHING COUPLE. JANUARY, 1830

POR ROCÍO PLAZA ORELLANA
Doctora en Historia del Arte. Universidad de Sevilla. España

La visita a Sevilla del matrimonio estadounidense formado por el diplomático y jurista Caleb Cushing y su esposa Caroline, en enero de 1830, constituye una interesante aportación para el conocimiento del mundo artístico sevillano y de la imagen que la ciudad proyecta en los países anglosajones.

Palabras claves: Matrimonio Cushing, siglo XIX, Sevilla, Estados Unidos, libros de viajes.

The visit to Seville of the American marriage formed by the diplomat and jurist Caleb Cushing and his wife Caroline, in January, 1830, constitutes an interesting contribution for the knowledge of the artistic Sevillian world and the image that the city projects in the Anglo-Saxon countries.

Key words: Cushing Couple, 19th century, Seville, USA, book of trips.

Los libros de viajes que editaron los estadounidenses Caroline y Caleb Cushing entre 1832 y 1833 son el resultado de un viaje por Europa, su particular Grand Tour, que iniciaron en julio de 1829. Atrás dejaron a unos Estados Unidos que, apenas cuatro meses antes, habían nombrado a su séptimo presidente, Andrew Jackson, y que tenía como vicepresidente a Adams, a cuyo sobrino conocerían los Cushing en una tertulia parisina. Volverían a su hogar un año después, habiendo sumado territorios improvisadamente al recorrido inicial que se trazaron. Además de Inglaterra, Francia, Holanda y Bélgica, España se añadiría a su itinerario sin un interés previo.

Caleb Cushing, cuando emprendió con su esposa su primer viaje a Europa no era profesionalmente más que un abogado, y políticamente un senador desde 1825. Después, además de una influyente presencia en la política internacional de su país, e incluso en la Constitución como comisionado por el presidente Johnson de la nueva legislación del Congreso que saldría tras la Guerra Civil, alcanzaría desde su profesión el cargo de Juez de la Corte Suprema. Por su parte, Caroline, miembro de una destacada familia de jueces desplegaría sus experiencias tan sólo sobre un libro revisado por su padre y de edición limitada, acompañando a su marido en su ascendente carrera política.

Junto a una multitud de museos y de galerías de pinturas, palacios, iglesias o jardines monumentales que habían planeado visitar, se encontraron con una escena política europea de tensiones contenidas. Conocieron una España que celebraba las bodas de un rey, Fernando VII, aún sin herederos, con la joven princesa italiana María Cristina, y que tan sólo tres años después empezaría una tremenda guerra civil por una cuestión sucesoria. Y a finales de julio de 1830 les sorprendería en Londres, nada más abandonar París, una Revolución que desde las barricadas parisinas obligó a Carlos X a abdicar, entregando el trono a un Enrique V que no duraría más que una semana, sucediéndole el príncipe Luis-Felipe. En definitiva, una nación que, en menos de diez días, vería su trono ocupado por tres monarcas diferentes. Caleb, alimentaría sus ambiciones políticas con la experiencia de estos eventos europeos. La observación de esa Europa que empezaba a desplegarse como un torbellino tras años sobrellevando los acuerdos del Congreso de Verona, la pondría al servicio de un interés que la política estadounidense empezó a manifestar por sus intempestivos avatares políticos. Nada más desembarcar, su experiencia la utilizaría para convertirse en un hábil conferenciante sobre política europea contemporánea. El Newbury Liceum, los liceos de Amesbury, Newburyport o Haverhill entre otras poblaciones le ofrecerían unos primeros estrados que terminarían devolviéndole a Madrid como Ministro Plenipotenciario con la misión de mejorar las relaciones hispano-norteamericanas. También sumaría a su carrera política como diputado en varias ocasiones, la participación en las negociaciones que terminaron en la cesión de Alaska por parte de los rusos, o con Colombia para la construcción del Canal de Panamá.

En la tarde del 13 de octubre de 1829, el matrimonio formado por Caleb y Caroline Cushing dejaban París montados en una diligencia que les conducía hasta Orleáns. En la capital francesa, influidos por los comentarios de algunos compatriotas, habían decidido ampliar el recorrido de su Gran Tour hasta España: “Creo que permaneceremos aquí algún tiempo más, y después iremos a España¹”, escribía a su padre en una carta fechada el 15 de septiembre. Las reticencias que sobre semejante asunto tanto su padre como su suegro intuía que podían alimentar, intentó calmarlas desmenuzándoles los motivos “que particularmente habían disipado sus escrúpulos²”. El mejor clima de Europa; unos precios moderados; unos caminos no más poblados de ladrones que los que medían entre Nápoles o Roma; su posición con respecto a los territorios americanos; jornadas de viaje seguras y regulares, así como accesibles desde Bayona a Madrid, o desde Perpignan a Barcelona o a Madrid, al igual que desde Madrid a Cádiz, fueron opiniones que el matrimonio consideró como argumentos más que suficientes para no desaprovechar la oportunidad de acercarse hasta el sur. Los responsables de este cambio de actitud en París fueron un grupo de norteamericanos, instalados por entonces en la capital, con los que estableció una particular relación: “el señor y la señora Everett y la

1 Claude Moore Fuess, *The Life of Caleb Cushing*, Archom Books, Hamden, 1965, p. 104. Traducción de los textos de Rocío Plaza Orellana

2 Ibidem

sobrina de este; el señor John A. Smith, el sobrino del presidente Adams; Washington Irving, el eminente escritor y su hermano, Peter Irving, ambos de Nueva York³”.

De las impresiones que les causaron este viaje que emprendieron antes de alcanzar la treintena, saldrían dos libros totalmente diferentes. El que editó Caroline, titulado *Letters, Descriptive of Public Monuments, Scenery and manners in France and Spain*, se publicó en 1832 en dos volúmenes. Las experiencias que fue anotando en su diario de viajes escrito para el conocimiento exclusivo de su padre, Wilde, vería una publicación privada tras haber sido minuciosamente revisado por él. En su interior, las páginas se encabalgan pausadamente unas con otras, siguiendo estrictamente las etapas de su recorrido por Europa. Con una lectura amena, construida con un amplísimo abanico de descripciones acompañadas de opiniones muy particulares, entre las que abundan las que les provocó la sorpresa y el entusiasmo, esta americana despliega su optimismo. Pondría sus ojos sobre todo aquello que le interesó, aspectos que conformaron su vida y su carácter. La pintura se convirtió en su principal búsqueda, aunque la religiosidad popular, las tiendas, los mercados, los monumentos arquitectónicos, los museos, ropas, los utensilios de cocina, el mobiliario o los árboles que dan forma a los paseos son otros asuntos que fijaron su atención.

Por su relato aparecen también muchos personajes anónimos para cualquier historia que no fuera la suya propia, como la bondadosa y limpia Doña Francisca, su casera andaluza de la calle de Alcalá en Madrid, o los amables frailes capuchinos de Sevilla. Limpiando de cualquier nombre relevante su obra, aconsejada posiblemente por su propio padre, obviaría en sus relatos la compañía que le hicieron los diplomáticos, políticos, comerciantes o aristócratas que les atendieron en las ciudades a las que se acercaron. Las recomendaciones que les llevaron hasta los Murillos, las iglesias de los conventos de clausura, el interior del Palacio Real o las bodegas de Jerez estaban firmadas, aunque Caroline no imprimió sus identidades. El señor Everett, antiguo embajador norteamericano en Madrid entre otros, le proporcionó una serie de cartas que “les aseguraban una recepción favorable, dirigidas a varios de nuestros cónsules. Recomendaciones dirigidas al secretario de la legación norteamericana; a la marquesa de Casa Yrujo, al frente de una de las principales familias de España; al señor Navarrete, el hombre de letras más distinguido de Madrid; y a otras personas respetables tanto de Madrid como de otras partes de España⁴”, quienes respaldaron su estancia.

Aquella España de Fernando VII, desconfiada, temerosa y recluida, que mantenía en el exilio a una parte considerable de sus ciudadanos, recelaba de los viajeros ocasionales que sin motivos claros decidían husmear por sus tierras. El rey había volcado una singular política internacional basada en el espionaje de sus propios compatriotas, contando con el apoyo de algunas fuerzas policiales francesas, del *laissez faire* de las británicas, de un círculo de control organizado desde las embajadas españolas en Inglaterra y Francia, de la traición de algunos compañeros liberales y sobre todo de

3 Ibid.

4 Carta escrita por Caleb Cushing a su padre, firmada en París el 15 de septiembre de 1829. Claude Moore Fuess, op. cit. p.105

unos agentes dedicados exclusivamente a perseguir, corromper y aniquilar cualquier atisbo de organización liberal con objetivos constitucionales fuera del país. Por estos meses en los que aparecieron los Cushing por España, precisamente por esa plaga de espías dispersos por Europa, sabían que Torrijos había estado estrechando lazos con Lafayette y con los radicales ingleses, enviando comisionados a Gibraltar o que Mina tenía formada varias Juntas en la Península a través de los suyos.

Por otra parte, a Caroline y Caleb le habían precedido dos compatriotas en menos de cuatro años. El teniente Alexander Slidell Mackenzie, quien llegó en 1826 con veintitrés años a la Península, alcanzando Sevilla, y el por entonces, escritor Washington Irving quien llegó hasta la capital hispalense en abril de 1828 con cuarenta y cinco años, permaneciendo en ella hasta mayo de 1829. Dos neoyorquinos que a la llegada del matrimonio habían rentabilizado de diferente manera su viaje. Irving, publicando los estudios sobre Cristóbal Colón que hasta el país le habían traído, y Mackenzie editando, primero en Boston en 1829 y después en Londres en 1831, unas memorias de su viaje tan críticas contra Fernando VII que le sirvieron para impedirle la entrada en el país a partir de 1832⁵.

En medio de ese ambiente enrarecido que desde el ahorcamiento de Riego se extendía por cualquier rincón del país, desde el poder, a cualquier visitante extranjero que no trajera una buena colección de cartas de recomendación de personas de confianza, se le podía vigilar en cualquier momento como si de un espía o un conspirador se tratara. Mientras una parte considerable del pueblo, con tantas experiencias vividas por entonces, sin las recomendaciones pertinentes, los consideraba ladrones potenciales.

Rodeada de esta España alegre y dolorida, esta mujer curiosa, comprensiva y prudente sin embargo, opinaría sobre aquel que con las absolutas riendas del poder en sus manos mantenía a sus súbditos amarrados a su voluntad, sirviéndose de la pobreza. “*El Rey, el Rey!*”⁶, oiría gritar una tarde desde su apartamento madrileño, abalanzándose hacia la ventana para no perderse semejante espectáculo. Fernando VII cabalgaba en su paseo diario. Aquel soberano al que responsabilizaba de llevar sobre su conciencia cientos de crímenes, no pudo parecerle más que “apático, abotagado y horrible de contemplar”⁷. El monarca por entonces estaba a dos días de su boda con su sobrina María Cristina, y a poco más de tres años de su muerte. Caleb, al igual que su esposa, manifestarían a lo largo de su vida política un liberalismo moderado, progresista, pero desconfiado de los excesos que provenían de cualquier revolución que conllevara un régimen tiránico.

5 Irving, Washington, *Life and voyages of Christopher Columbus*, De Wolfe, Fiske and Company, Boston, 1827; *Society and English and French Literature*, New York, 1827; y John Murray, London 1828; Mackenzie, Alexander Slidell, *A year in Spain*, London, 1829; y una segunda edición por G & Ch. Carvill, New York, 1830

6 Cushing, Caroline Elizabeth, *Letters, Descriptive of Public Monuments, Scenery and manners in France and Spain*, Newbury Port, 1832, vol. 2, p. 92. La traducción de los textos que aparecen a lo largo del artículo del libro de Caroline Cushing y Caleb Cushing han sido realizados por Rocío Plaza Orellana.

7 Ibid.

Caleb escribió sus experiencias con registros bien diferentes a los de su esposa. *Reminiscences of Spain, the Country, its People, History and Monuments* lo publicaron los editores bostonianos Carter, Hendee, Alen y Ticknor en enero de 1833. Dividido en veinticinco capítulos totalmente independientes entre sí, abarca a modo de bocetos su relación con apartados específicos de la historia, el arte o de la literatura españolas, incluyendo algunas costumbres pintorescas. Estos pasajes, sin conexión entre ellos, no responden a un orden concreto vinculado con las rutas que realizaron. Tan sólo “ha sido mi objetivo, en las siguientes páginas comunicar una idea de este país, incluyendo su historia y monumentos, en una serie de cuadros separados... Procedente de materiales indiferentemente de la observación personal o de libros, como mejor pueda conducir a mi objetivo, no tengo escrúpulos respecto a los tópicos históricos acogiendo dentro de la envergadura de mi plan asuntos que pertenecen a la historia de América o de España⁸...”, comentaría en su prólogo, aunque su resultado editorial no fue el esperado. Los objetivos que se propuso los cumplió sobradamente, resultando su estilo correcto, equilibrado y lúcido, pero su lectura densa y severa.

A diferencia de las memorias de su esposa, de lectura agradable, salpicada de episodios simpáticos, el libro de Caleb no resultó entretenido. El tiempo de las memorias de viajes como serios expositores de erudición, los editores ya lo habían dado por concluido, y los que se presentaban exponiendo opiniones o experiencias personales ya los exigían condimentados con humor e incluso con sarcasmo. El modelo que su compatriota Washington Irving había creado en su *The Sketch Book*, publicado en Nueva York en 1919, y en Inglaterra por John Murray en 1820, sería en parte el modelo que escogió. El éxito que Irving disfrutó para sí mismo, concedió también a la literatura norteamericana su oportunidad en el mercado editorial británico. Por otra parte, la edición de *Alhambra* de Irving tan sólo unas semanas después, haría el resto.

Atravesaron el puente sobre el río Bidasoa el 3 de noviembre a las ocho de la tarde. Tan sólo la distancia de un “estrecho arroyo⁹” bastaba para separar dos realidades aparentemente tan diferentes. Caroline explicaría la sensación de transformación que experimentó cruzando el puente tan sólo contemplando el aspecto del último hombre que se encontró en Francia, a una orilla, y el primero que les recibió sobre territorio español en la otra. Las ropas que portaban ambos reflejaban su diversidad: “El primero era un centinela francés, situado sobre el puente, ataviado con un cómodo *surtout* gris, ajustado con botones al cuello, y con una gorra limpia, azul, adornada con cordones sobre su cabeza. Al otro lado, vimos un hombre marchando hacia detrás y hacia delante de una puerta de una especie de baja y miserable morada o garita; un sombrero gacho y una capa andrajosa indicaban la extrema pobreza, y su lenta y lánguida manera de pasear nos anunciaba suficientemente que poseía, en no poca proporción, esa indolencia habitual que es tan característica de esta nación¹⁰”.

8 Cushing, Caleb, *Reminiscences of Spain, the Country, its People, History and Monuments*, Carter, Hendee, & Co, y Alen y Ticknor, Boston, 1833, 2vols, p. I

9 Cushing, Caroline Elizabeth, op. cit., vol. 2, p. 3

10 Idem, p. 3

Aquel harapiento de andares pausados y aspecto miserable se dirigió hacia el carruaje de los Cushing deteniéndolo, “y hablando en español nos pidió nuestro pasaporte¹¹”. A partir de entonces quedaron autorizados para adentrarse por unos caminos que les fueron conduciendo hacia algunos de los episodios más singulares que conformaron sus vidas.

Problemas de salud, intereses profesionales y una floreciente ambición política se revelan más o menos sutilmente entre las cartas que Caleb cruzó con su familia desde España, justificando su presencia. Unos intereses que se manifiestan más difusos en las memorias de Caroline, y que le permitieron plasmar aquellas miradas torvas que se cernieron sobre ellos una y otra vez transmitiéndole un profundo desasosiego, pero que terminaría interpretando ya en Andalucía como el resultado de una desconfianza recíproca, que nada tenía que ver con ellos. Secuela de la España que Fernando VII había impuesto a sus súbditos.

El sábado 16 de enero de 1830 el matrimonio aparecía por Sevilla. Tras haber salido de Madrid la mañana del 31 de diciembre de 1829, estuvieron dieciséis días deambulando por los diversos destinos del Camino Real. Cinco días permanecerían en la capital hispalense, interesándose por los lugares que contenían pinturas relevantes, al gusto de Caroline, y los restos arqueológicos que hablaban del esplendor del legado clásico para satisfacer a Caleb. La Fonda de la Encarnación, “un hotel bastante amplio¹²”, similar a otras que ya había conocido por España antes, estaba “formada por un patio interior, rodeado por unas galerías que conducen a las diferentes habitaciones de la casa¹³”, y ofrecía “unos cuartos excelentes¹⁴”. La catedral sería el primer lugar al que acudieron nada más deshacerse del equipaje. Aquella catedral que otros habían contemplado como un lugar de una oscuridad inmensa, para la norteamericana, además de un lugar “suntuosísimo¹⁵”, era un interior tachonado de intensos puntos de color. Los mármoles rojos y negros de las losas, columnas y barandas, o esa luz dorada que desprendían el altar mayor o la capilla de Nuestra Señora de la Antigua, “iluminada por cuarenta y ocho lámparas de plata¹⁶”, conferían a su interior una luz tan especial, que aquella sombría tarde de invierno apenas se dejaba notar.

La Capilla Virgen de los Reyes con los restos de San Fernando, el mausoleo de la Reina Beatriz y Alfonso el Sabio, la Sala Capitular, la Sacristía con sus pinturas y tesoros, la balaustrada de plata que cerraba el altar principal, la tumba de “Ferdinand Columbus, el hijo del renombrado descubridor del mundo occidental¹⁷”, invadieron de emoción las páginas de sus recuerdos. Todo le pareció esplendoroso, rico y hermoso. Curiosamente, el propio tesoro de la catedral le resultó excesivo, “...aunque la primera

11 Ibid.

12 Idem, p. 208

13 Ibid.

14 Ibid.

15 Idem, p. 209

16 Ibid.

17 Ibid.

visión de estos tesoros despierta una visión de admiración por su esplendor; sin embargo, la contemplación de ellos no puede más que despertar una sensación de melancolía, cuando comparamos semejante multitud de riqueza inútil, con el lamentable estado de los innumerables mendigos, que llenan las calles de Sevilla, y que se acumulan alrededor de las puertas de esta gran iglesia, profiriendo sus peticiones con frecuencia repitiéndolas así como con indiferencia con el objeto de salir de la extenuación; mientras saben que dentro de sus muros se guarda un tesoro casi ilimitado¹⁸...” En este asunto no se mostraría más que como una puritana bostoniana que con su ingenuidad, su inexperiencia y ciertas dosis de hipocresía, según consideraban algunos sevillanos cansados de semejantes comentarios, pretendía solucionar la pobreza del país ampliando la cuantía de las limosnas.

Desde la Giralda contemplaría la ciudad, sorprendiéndole especialmente el patio de los naranjos, unido a ella, como antes había visto en Córdoba. Volvería al templo un día tras otro hasta su partida definitiva, buscando esas “horas específicas” en las que le informaron que podía encontrar abiertas las diferentes capillas, porque “es imposible examinar allí todo lo que desea, visitando las capillas en las horas en las que tan sólo están abiertas al público. Aunque empleamos la tarde completa de nuestra llegada en la iglesia, y sólo la dejamos cuando la oscuridad nos impedía el atento examen de sus múltiples bellezas¹⁹”. El río les esperaba, paseando “por la poblada Alameda, un hermoso paseo público sobre la orilla del Guadalquivir”.

El segundo día, complaciendo a Caleb y aprovechando que hacía una radiante mañana de enero, se encaminaron hacia Itálica. Atravesando la ciudad camino del puente de barcas, tomaron el camino más cercano, después “de entrar en varias iglesias sin importancia, atravesamos la Alameda, y cruzamos el río por el famoso puente de barcas, hacia el suburbio de Triana²⁰”. Desde allí se desplazaron hasta “la iglesia de Nuestra Señora de las Cuevas”, pero que al encontrarla cerrada, retomaron el camino hasta Santiponce. Aquel trayecto al que Caroline apenas dio importancia, no comentando más que le resultó “muy agradable” al transcurrir entre plantaciones de olivos, para su esposo merecería mayor atención. Aquellos campos no eran ni más ni menos que el entorno en el que descansaban los restos de Itálica y de don Alonso Pérez de Guzmán:

“No es más que un corto paseo desde Sevilla, a través de tierras literalmente de aceites y miel –de olivos, campos fértiles, y prados de flores-. El paseo puede variar si, cuando has cruzado el Guadalquivir hacia el arrabal de Triana sobre el famoso puente de barcas, entonces te desvías hacia el Convento de Nuestra Señora de las Cuevas, y se procede desde allí a través de praderas por un pequeño sendero, el cual excepto en temperaturas húmedísimas te conduce por una corta y agradable ruta hacia la colina de Santiponce; y puedes volver, si lo eliges, por el arrecife o calzada a través del pueblo de Cama y entre

18 Ibid.

19 Idem, p. 213

20 Idem, p. 215

una multitud de mercaderes o de holgazanes, a los que podrás ver continuamente en los alrededores de Sevilla.

Fue a mediados del invierno cuando visité San Isidro e Itálica; pero la temperatura era suave y agradable. Y aunque en el día del señor los hombres acuden al trabajo, arando profundamente el fértil suelo, las aguas del Guadalquivir los colmatan perpetuamente con sedimentos vegetales. Entre los rasgos característicos del campo había grandes pjaras de cerdos bajo los árboles, a cargo de pastores, y caballos acompañados por personas dedicadas a su cuidado. San Isidro era un objeto que destacaba en la distancia, mucho antes de alcanzarlo, elevándose, con su conjunto de construcciones sobre la escarpada ribera del riachuelo que fluía por Santiponce. Después de haber examinado el sitio de Itálica me dirigí al convento. Su imponente posición proporciona un amplio panorama del valle del Guadalquivir; la ciudad de Sevilla, y los caseríos de los alrededores; y en la estación de la vegetación la vista debe ser indescriptiblemente hermosa. Los buenos padres habían construido un pequeño paseo, con sus parcelas de hierba y bancos de piedra, y dos cruceros para marcar y santificar el lugar, entre el convento y el borde escarpado; y aquí tanto dentro como alrededor del convento, hay pocas esculturas que quedan de las ruinas de Itálica. Realmente me permitieron entrar en la iglesia, aunque a una hora inusual. Es de estilo gótico, y está decorado con esculturas y estatuas, pero su principal ornamento consiste en el mausoleo de mármol de Don Alonso Pérez de Guzmán y su señora Doña María Coronel quienes recordando la vida y carácter de Don Alonso, no podía dejar de ver con vivo interés²¹...

Caroline en sus páginas, por su parte, constató otras experiencias menos literarias:

“La primera parte del paseo fue muy agradable pero tan pronto como llegamos cerca del pueblo, nos encontramos que debido a las fuertes lluvias recientes, el pequeño riachuelo que corre a lo largo de su orilla, se había desbordado tanto como para alcanzar con agua y barro hasta las rodillas. Nosotros por tanto nos vimos obligados a seguir un sendero tortuosísimo y agotador alrededor, con el objeto de cruzar el riachuelo, un asunto que no nos resultó nada fácil acometer. Pero este inconveniente debería considerarlo una menudencia, ya que no encontramos nada al final de la jornada que nos recompensara por la fatiga y los problemas que nos causó. Pero esto no lo encontramos. Cualquier rastro de Itálica había desaparecido, y el pequeño pueblo que ocupa su lugar, parece haber sido parcialmente construido con las ruinas de la antigua ciudad. Está situada agradablemente sobre una prominencia y contiene el gran convento de San Isidro del Campo, el cual desde la elevación de la tierra sobre la que se levanta, puede verse desde una distancia considerable en todos los lados. La iglesia no es de ninguna manera extraordinaria, y no posee nada de interés excepto, quizás el monumento de Guzmán el Bueno, el fundador de la iglesia y el de su esposa. Frente al edificio hay un bonito paseo de hierba, y en el centro de éste hay una amplia columna que han traído de las ruinas de Itálica, y que se ha colocado aquí para su conservación. Un largo paseo por la carretera alta, mucho menos agradable que el camino que cruza que seguimos por la mañana nos llevó a Sevilla a la

21 Cushing, Caleb. op. cit. pp. 4-5

hora de la cena, completamente agotados por nuestros esfuerzos del día, el cual había sido más duro de lo que nosotros preveíamos²².

Los días siguientes les esperaban La Lonja, la Fábrica de Tabacos, el Ayuntamiento, el Hospital de la Caridad, el convento de San Francisco, el Alcázar y el convento de Capuchinos. De la Lonja destacaría la escalera y los antiguos mapas americanos que contenía en su interior. “La gran escalera es en cualquier medida soberbia, y totalmente compuesta de hermosos mármoles jaspeados²³”, así como el suelo del edificio “realizado con un rico mármol coloreado²⁴”, comentaría atenta siempre al colorido de las construcciones arquitectónicas. El entusiasmo que mostraron por consultar los documentos americanos se encargaría de aplacarlo uno de los oficiales que custodiaba los manuscritos, quien tras contarle que ya otro americano había estado poco antes por allí “...Nuestro distinguido compatriota Washington Irving, tuvo acceso libre a estos ricos tesoros de información, mientras se dedicaba a escribir su Vida de Columbus²⁵”, les informó que “en ningún caso se permite que se examinen ahora, excepto con una autoridad especial²⁶”.

Desde allí se desplazaron hasta la Fábrica de Tabacos, donde le interesó especialmente el número de hombres empleados en ella, trasladándose posteriormente hasta el Alcázar. “Este antiguo palacio morisco, antiguamente provisto de un riquísimo esplendor, todavía posee bastante belleza, habiendo sido reparado y en cierta manera restaurado su estilo original²⁷”, empezaría comentando Caroline a su padre en su diario editado posteriormente en forma de cartas. A esta impresión inicial le seguiría un conjunto de descripciones particulares, transcritas sin ningún tipo de erudición, repasando sus interiores, patios y jardines. Posiblemente uno de los espacios más peculiares y diferentes a lo largo del siglo serían los jardines, en los que destacarían para los extranjeros su especial sistema de riego, que le resultaría, como a tantos otros, sorprendente:

“Casi todo tipo de flores, pueden encontrarse aquí, y bonitas pérgolas cubiertas con follaje verde. En una parte del jardín había varias figuras singulares con el aspecto de gigantes, formadas por arrayán, que crecen tan espesos y exuberantes como para ocultar completamente los arzones que los guían. Pero con diferencia la cosa más peculiar que observé fueron los innumerables surtidores de fuente, dispersos a través de casi todas las avenidas y paseos del jardín, y arrojando agua desde un amplio estanque cercano. Las cañerías desde las que estos surtidores dan el agua, son tan pequeñas que resultan imperceptibles, a no ser que se sometan a una inspección cercana. Pero uno se puede quedar completamente empapado antes de darse cuenta si no está previamente advertido, e incluso entonces es difícil evitarlo. Tan sólo dando una vuelta a un grifo, un laberinto

22 Cushing, Caroline, op. cit. pp. 215-216

23 Idem, p. 217

24 Ibid.

25 Idem, p. 218

26 Ibid.

27 Ibid.

completo de pequeños surtidores se levanta a tu alrededor en todas las direcciones, y si uno no se coloca en una posición segura, o tiene unos pies ágiles, seguramente se llevará un buen baño²⁸.

El Ayuntamiento, y el convento de San Francisco seguirían en sus itinerarios. De este amplio convento, “uno de los mayores y más deshabitado de Sevilla²⁹”, no le atrajo más que la iglesia, “profusamente decorada con pinturas, algunas de las cuales poseen una gran belleza y mérito³⁰”, ya que “las capillas son muy numerosas, pero independientemente de las pinturas, contienen poco que resulte particularmente interesante³¹”. A este convento le sucedieron otras iglesias de las que no nos dejó nombre alguno, más que la constatación de que “todas contienen más o menos pinturas de un gran valor, aunque no resultaban notablemente atractivas³²”. Aunque antes de marcharse conocería dos que le gustaron especialmente, las del Hospital de la Caridad y las del convento de Capuchinos. Llegaría hasta ellas buscando sus Murillos. Ya en el interior de la iglesia del Hospital disfrutó de lo que quedaba, porque no tardaría en darse cuenta que aún permanecían los marcos de los cuadros que se llevó Sout. Tampoco le agradó la colocación de las pinturas, a veces demasiado altas, “si no tienes una buena vista resulta imposible ver las pequeñas figuras de la pintura; y como consecuencia no te puedes hacer una perfecta idea de su totalidad³³...”. No sería la única vez que Caroline se expresaría en estos términos, olvidando que aquellas iglesias eran algo más que expositores de sus cuadros. Sesgadamente llegó a vislumbrar parte de la vida cotidiana de aquel hospital: “Al entrar a esta iglesia, pasé por un amplio salón, que pertenecía al hospital; y como la puerta estaba abierta, pude ver una hilera de camas, sobre cada lado del salón con gente enferma extendida sobre ellas, que estaban escuchando la celebración de la misa, que administraba uno de los sacerdotes en la habitación. Sobre la entrada exterior dentro del hospital había inscripciones a propósito en letras doradas, tomadas de las escrituras³⁴”.

Al día siguiente, el 19 de enero, el último de los que habían planeado pasar en la ciudad, se dirigieron bien acompañados y recomendados hacia el lugar que conservaba la serie de Murillos más amplia de la ciudad. Una iglesia que formaba parte de un convento de clausura en el que por entonces no resultaba fácil acceder a deshoras, y menos sin estar bien recomendados. De esta excursión saldrían satisfechos, aunque con algunas anécdotas fruto de unos cuantos desencuentros:

“Saliedo de la ciudad por la Puerta de Carmona, llegamos al convento de los Capuchinos, en cuya iglesia estábamos deseando entrar. Cuando llegamos al convento, ocurrió accidentalmente que nos dirigimos hacia una de las puertas del claustro, suponiendo que

28 Idem, p. 220

29 Ibid.

30 Ibid.

31 Ibid.

32 Ibid.

33 Idem, p. 221

34 Idem, p. 222

era una de las puertas de la iglesia. Un fraile acudió con toda rapidez para impedir mi avance, mostrando tantas señales de alarma como si tuviera la peste o la muerte fuera la consecuencia de mi entrada. Sin embargo, uno de ellos, muy amablemente me justificó la aparente rudeza y nos condujo hacia la iglesia con mucha más cortesía. Rara vez disfruté de una invitación más agradable que la que aquella iglesia me proporcionó, o más bien la vista de la belleza perfecta de los cuadros de Murillo los que con tanta riqueza decoran sus muros. Creo que no es frecuente encontrar una serie de pinturas que posean una belleza más incomparable, o que muestren mayor perfección artística que las que contiene esta iglesia; y no podía más que mirar a mi alrededor con pesar, ya que acudía a mi mente la reflexión de lo poco, lo poquísimos que se contemplaban alguna vez estos impagables tesoros, en comparación con las multitudes que diariamente se lanzan no sólo por el Louvre sino por cualquier galería de Francia, que comparadas con estas difícilmente valdrían una simple mirada. En casi todas estas pinturas hay una representación de la Virgen en el estilo más acertado de Murillo, como aseguran quienes alguna vez tuvieron ocasión de ver sus mejores obras. Cada una de ellas era una obra maestra en sí misma y merecían el estudio más detenido y crítico. Aquellas que me sorprendieron particularmente por su belleza, fueron las de la Anunciación, la Concepción, y la Natividad, junto con otras que ante los temas que tratan, nos mostramos bastante caprichosos y supersticiosos al estar dibujados partiendo de las leyendas que testimonia la iglesia romana³⁵”.

Una de ellas, “San Félix de Cantalicio” actualmente en el Museo de Bellas Artes de Sevilla, “representaba a San Félix, con el niño Jesús en sus brazos, quien acaba de recibirlo de la Santa Virgen³⁶”, y la otra “San Francisco abrazando al Crucificado”, también actualmente en el Museo de Bellas, tras describirlos minuciosamente le parecieron “ambos exquisitos y hermosos³⁷”. A pesar de su evidente hermosura, Caroline, reacia a admitir incongruencias históricas evidentes en lo que ella consideraba una obra de arte, se expresó como lo hacía habitualmente: “pero la idea de ver al Salvador en su infancia, y después de su muerte, abrazado por santos modernos, no puede dejar de sorprender al espectador por su incongruencia, resultándole extraño³⁸”. Una idea que la estadounidense mantuvo a pesar de los esfuerzos que hizo el fraile que les acompañaba para que comprendieran el sentido de aquella iconografía:

“La devoción y la piedad de estos santos y de la santa Virgen era tan eminente, que el Salvador y la santa Virgen se dispusieron a favorecer sus fervorosas peticiones, que pudieran ver a su Maestro en carne y hueso. La Santa Virgen por consiguiente descendió del cielo, y dispuso en los brazos de San Félix al niño Dios, a quien él tanto había rogado de todo corazón poder contemplar; mientras el mismo Salvador se dignó aparecerse a San Francisco, y sobre una cruz, siendo ésta la situación en la que el santo más ansiosamente deseaba ver a su señor³⁹”.

35 Idem, pp. 222-223

36 Idem, p. 224

37 Ibid.

38 Ibid.

39 Ibid.

Aquella mujer de profundas convicciones religiosas, basadas en principios puritanos, no podía concebir semejantes anacronismos. La mezcla de estilos imposibles, de historias cruzadas de una manera forzada en tiempos inadecuados o, sencillamente, la plasmación conjunta de ropas con diferencias entre ellas de cientos de años, le resultaban absolutamente inconcebibles. En cualquier caso, a pesar de su descontento no desconfiaba de la sinceridad del fraile en sus explicaciones sobre semejante iconografía porque “él como buen católico, estaba obligado a creer⁴⁰”.

La paciencia que hasta entonces había demostrado, sencillamente por respeto a sus acompañantes y a aquellos generosos frailes, no tardó en desbordarse, provocando el enfado de quien hasta entonces prudentemente le respondía... “De la misma manera el viejo fraile intentaba explicar una representación de la Virgen María auténticamente ridícula, llamada la Pastora, dispuesta en otra parte de la iglesia, disfrazada de ese estilo fantástico de los grupos que a veces uno ve en un museo de figuras de cera. Estaba sentada sobre un banco de flores, vestida como una pastora moderna, desde todos los puntos de vista, y rodeada por un rebaño de ovejas. Justamente detrás de ellas había un Jesús juvenil cuidando de los corderos, y vestido como un chico de nuestros días. Nuestro guía no vio nada extraño en semejante representación, por lo que argumentó que el mismo poder que había ejercido para aparecerse como el Salvador herido y su Santa Madre ante los ojos de San Félix, podrían elegir ambos mostrarse ante los ojos de los mortales bajo ese disfraz, porque nada hay imposible para ellos, además había sido considerado apropiado para ellos por la Iglesia. Y esta singular superstición de la fe católica en su mayor parte era defendida y razonada efusivamente y celosamente por varios de los hermanos que se habían unido a nosotros. Aunque una superstición de semejante naturaleza como esta pareciera increíble, podría llegar a ser considerada por alguien que poseyera una mente cuerda y sana. Desde la capilla, o mejor dicho nicho, que contenía esta mal concebida ilustración de una sagrada e interesante relación entre nuestro Salvador y sus seguidores, como indicó él mismo, con mucho gusto me volví para examinar de nuevo las espléndidas pinturas, que parecían incluso más perfectas por el contraste que ofrecían con lo que acababa justamente de ver⁴¹”.

Tras haber recorrido tantas colecciones parisinas como la del Louvre, o en Madrid la del Prado debido a su incesante interés por la pintura, aquel conjunto de Capuchinos le resultó impresionante. Nunca pudo imaginarse en aquellos tiempos de exposiciones y creaciones de museos, que lugares tan recónditos y desconocidos como los que había descubierto en Sevilla pudieran albergar joyas semejantes, algo que los franceses habían descubierto veinte años antes, y que los británicos empezaban a atesorar a partir de esta década de 1830. “Las pinturas alrededor del altar mayor eran numerosas y todas extremadamente hermosas⁴²”, escribiría, y “...por eso no se puede encontrar ninguna pintura en la iglesia, que no sea modelo de excelencia impecable. Cualquiera de ellas sería el orgullo y se jactarían de él en cualquier gabinete privado, que se podría sentir

40 Ibid.

41 Idem, p. 225

42 Ibid.

bastante afortunado de poseerla. Semejante pintura costaría una pequeña fortuna, y estos buenos monjes pueden estimar bien sus conventos por la posesión de tantas obras de arte de incalculable valor⁴³". Antes de abandonar la iglesia, aún les esperaba otro encuentro: "Justo cuando estábamos dejando el altar, nos señalaron un pequeño crucifijo en frente, sobre el que hay una diminuta figura de Jesús pintada por Murillo. Este precioso pequeño monumento corresponde en valor y belleza a las mayores pinturas que le rodean⁴⁴". Dando por finalizada su visita al templo, disfrutaría antes de marchar de una cálida despedida de los monjes⁴⁵.

Murillo es el único pintor que parece buscar específicamente la viajera. Ni los grandes maestros del Renacimiento, ni Velázquez, ni ningún otro artista barroco le merecieron una búsqueda tan incesante. Aunque no refleja en sus memorias hasta donde llega su erudición en el interés que manifiesta por la pintura española, no obstante, su contacto con el círculo diplomático norteamericano, especialmente con los hermanos Irving en París, resultaría probablemente decisivo. Aquel mismo entorno acogería a un joven pintor enfermo, David Wilkie, cinco años antes, compartiendo tanto el matrimonio norteamericano como el pintor británico a un personaje fundamental que les pondría en contacto hasta compartir incluso el conocimiento de España y su pintura. Wilkie y Caroline tienen en común su interés por Murillo, y ambos a Washington Irving. Una buena parte del conocimiento de la pintura de Murillo que disfrutaría el escritor norteamericano la adquirió junto a Wilkie, con el que compartió su viaje a Andalucía en la primavera de 1828. Poco más de un año y medio después, llegaría Caroline a la ciudad buscando al pintor, dejándonos sobre sus pinturas unas impresiones que resultarían irrelevantes en el circuito editorial de su tiempo, aunque interesantes para comprender la construcción de su imagen y mercado entre los circuitos anglosajones.

El mismo día que tenían preparada la partida decidieron aprovechar la mañana. Volverían a pasar por delante del Convento de los Capuchinos, al encaminarse hacia el Hospital de la Sangre y el Monasterio de Buena Vista. Aunque "Ninguna de estas dos iglesias nos resultó destacada, y por eso después de haber visto el de los Capuchinos

43 Ibid.

44 Ibid.

45 "Alcanzando el pasaje que conduce a la iglesia, y que conduce también al claustro, vi varios frailes reunidos allí, evidentemente con el propósito de hablar con nosotros. Estaban vestidos con unos burdos vestidos de lana marrón, anudados, como es habitual, por la cintura con un cordón. Sus semblantes, sin embargo, eran agradables y tenían una expresión de inusual benevolencia y amabilidad. Cortésmente se disculparon por las reglas de su convento, que les prohibía invitarme a entrar en él, al mismo tiempo colocaron una silla para que yo la ocupara, mientras ellos enviaron al jardín para procurar un ramo de flores, lo único decían que estaba en sus posibilidades ofrecer. En el transcurso de la conversación, uno de los buenos frailes expresó su pesar porque yo estuviera casada, esperando, dijo que de no ser así me habría persuadido para que me convirtiera en una monja de su orden. Me divertí muchísimo, como puede imaginarse por semejante sugerencia, recibiendo su deseo siempre de buena forma. Me entregaron entonces un gran ramo, ofrecí una calurosa despedida a los venerables padres, mostrándoles intensamente mi agradecimiento por su amabilidad y su hospitalidad". *Idem*, p. 226

poco podría llamarnos la atención⁴⁶". El camino "bastante largo, pero lo suficientemente agradable⁴⁷", les trajo de vuelta a Sevilla, ya que esperaban tomar el vapor para Cádiz en pocas horas.

Caroline y Caleb no estuvieron en ningún momento solos en sus paseos por Sevilla. En esta capital esas "personas respetables" a las que se habían encomendado en su viaje por España, tal y como comentara Caleb a su padre, les pusieron en contacto posiblemente con los tres únicos estadounidenses residentes de posición: Alexander Burton, cónsul de los Estados Unidos, así como con Thomas Maynard y Horatio Swett, comerciantes bostonianos de los que se despidieron al abandonar la ciudad. Sin embargo, ese plan inmediato se les desbarató antes de haberlo iniciado. La partida se frenaría "debido a los engorrosos retrasos en el suministro de nuestros pasaportes, constante fuente de molestias y problemas para los viajeros en España, nos vimos obligados a esperar hasta que fue demasiado tarde para coger el vapor y por esto nos vimos obligados a desistir de nuestro propósito: nos apenó mucho asegurarnos de que el bote no volvería hasta dentro de varios días y no estábamos dispuestos a esperarlo tanto tiempo⁴⁸". Entonces, no tardarían en descubrir la incomunicación real que existía entre Sevilla y Cádiz. El trayecto que las unía, además de no disponer de transporte regular por tierra, ofrecía un amplio muestrario de asaltos que lo habían convertido en uno de los más inseguros del país. "Sin embargo, encontrando o consultando a aquellos que estaban mejor cualificados para juzgar, que el peligro era más fantástico que real, y que ningún robo había tenido lugar recientemente, decidimos arriesgarnos, y comenzar el viaje de acuerdo con esto la mañana siguiente⁴⁹".

De esta manera partirían el miércoles 20 de enero, "habiendo permanecido en Sevilla el tiempo suficiente como para reconocer que hemos visto todo lo que merecía ser contemplado en el más encantador de los lugares⁵⁰".

Emprendieron la salida en una calesa alquilada, como le habían recomendado, que les condujo por el *Ventorrillo de las Torres de Locas* en una noche de viento y tormenta desde donde partieron hasta Jerez con una taza de chocolate en el estómago, y tomando una "feluca" en el Puerto de Santa María que les dejaría en Cádiz, reposando el equipaje en la Fonda de los Tres Reyes, frente a la alameda. Aquella ciudad a Caroline le sorprendió por "sus casas todas pintadas de blanco, tan altísimas y construidas con tanta regularidad⁵¹". Cádiz la dejarían para encaminarse hasta la Alhambra, abandonando definitivamente el país siguiendo la ruta levantina en marzo de 1830.

Tras volver de España, en París a donde llegaron el 9 de abril de 1830, tras una ausencia de seis meses, disfrutaron de esa vida social que dejaron atrás el otoño anterior. Entre las *soirées* a las que asistieron, destaca la invitación que les cursó el general

46 Ibid.

47 Ibid.

48 Idem, p. 227

49 Ibid.

50 Ibid.

51 Idem, pp. 235

Lafayette, contacto que retomarían tras su viaje a España, y por entonces apoyo de Torrijos, disfrutando de la vida social que ofrecía la ciudad a la que le esperaba en poco menos de tres meses una de las revoluciones sociales más relevantes del siglo. Los Cushing se llevaron de este viaje por aquella España que se desangraba con la pérdida de sus colonias, algo más que un conjunto de recuerdos. Además de una guitarra que acompañó a Caroline desde Madrid, se llevaron su idioma aprendido, una herramienta que ayudaría a Caleb en diversos asuntos que afectaron a su nación con países latinoamericanos o con la propia España, una salud mejorada y una visión particular sobre el país que fue puerto y emporio de América.

Y nos dejaron dos libros. Si bien es cierto que sin ninguna relevancia dentro del panorama editorial de su tiempo, no exentos de un gran interés para la visión de una ciudad como Sevilla en un momento especial. Fueron los únicos que desde que Irving abandonara la ciudad en la primavera de 1829 escribieron sus memorias sobre su estancia en ella. Su experiencia se inserta entre Irving, y el que desde la primavera sevillana de 1830 escribiría la imagen romántica que más viajeros traería hasta ella, Henri David Inglis. La Sevilla de los Cushing inicia en enero un año trascendental en lo que sería la historia de los extranjeros y su negocio posterior en la ciudad. Tras su marcha se incorporaron Inglis en primavera, Benjamin Disraeli en julio y, finalmente Richard Ford, quien acompañado de su familia se instalaría el 27 de noviembre⁵².

Las propuestas de Caroline y Caleb son, como hemos visto, dos opciones diferentes, reflejo de intereses y perspectivas diversas. Unas alternativas que se mueven entre el diario femenino salpicado de anécdotas privadas, y los intereses profesionales expositores de conocimientos. En cualquier caso, escritos de lectores previos de otras memorias por el país que, desde la edición privada hasta la publicitada, recogen la tradición del manual erudito, así como del libro ameno y ligero. Si Caroline hubiese contado con la oportunidad de su esposo, logrando que John Murray dispusiera de la edición, estaríamos ante uno de los libros de viajes más importantes sobre la Península, por lo novedoso de su tratamiento y el momento de su viaje. Pero no fue así, y sería el londinense Henri David Inglis quien lograría con ingredientes similares la fama repentina, llevando con ella a la ciudad de Sevilla. Un modelo que ensamblaría posteriormente Richard Ford, recibiendo la herencia prematura que dejara un joven Inglis, malogrado repentinamente, y la tradición británica aristocrática de plasmar su exclusiva educación y formación en cualquier párrafo intrascendente. El *Manual para viajeros por España* de Richard Ford, el más exitoso de los libros escritos sobre el país, editado en 1845 con lo vivido en Sevilla desde 1830 y 1833, recoge a partes iguales las propuestas de los Cushing. Unos episodios de aspectos interesantes para los lectores del momento, como las ropas, los medios de transporte, los bailes, la política o el ferrocarril, contruidos en demasiadas ocasiones con una erudición plúmbea. Estos aparecen a su vez salpicados de una colección de anécdotas que dan base a unos juicios

52 Plaza Orellana, Rocío. *El Flamenco y los románticos. Un viaje entre el mito y la realidad*, Bial de Flamenco, Sevilla, 1999, pp. 431-453

particulares con los que Richard florea constantemente sus comentarios. Estructuras que sin el sarcasmo, la espontaneidad ni la simpatía que derrochaba Ford, ensayaron a medias Caroline y Caleb, ajenos totalmente al que se convertiría en uno de los negocios de los editores británicos.



1.- Caroline Cushing. Retrato de la contraportada de su libro *Letters, Descriptive of Public Monuments, Scenery and manners in France and Spain*



3.- Reconstrucción de las pinturas de Bartolomé Esteban Murillo del Retablo Mayor del Convento de Capuchinos, en el Museo de Bellas Artes de Sevilla. 1991.



2.- Caleb Cushing. Retrato que Claude Moore Fuess fechando en 1836



5.- Bartolomé Esteban Murillo. *San Félix de Cantalicio*. Museo de Bellas Artes de Sevilla



4.- Bartolomé Esteban Murillo. *San Francisco abrazando al Crucificado*. Museo de Bellas Artes de Sevilla.



6.- Richard Ford. Capuchinos, San Hermenegildo y Murallas. Sevilla, 1830